



LA MUJER EN NUESTROS DÍAS

PARTE SEGUNDA

I

De vuelta en mi casa, y al lado de mis niñas, después de haber asistido á tu enlace, mi primer cuidado, hija mía, es escribirte.

¡Qué alegría siente mi corazón!

¡Ya está tu suerte asegurada! ¡Ya tienes un protector, un amigo, un sostén para el áspero camino de la vida! ¡Ya no estaré temiendo por tí á cada instante, y si tu padre es llamado al seno de Dios, ya no dejará este mundo con la amarga pena con que lo hubiera dejado antes de que tuvieras un esposo!

Has hallado un hombre honrado, dotado de cualidades reales, de virtudes sólidas, y no un pisaverde insulso y superficial, para amigo y sostén en tu camino; da gracias al cielo; piensa que con ese hombre, Julia, debes compartir los trabajos, los pesares, las alegrías, los cuidados de la familia; el peso de la vida, en una palabra.

Es preciso amar mucho, es preciso amar con una afección generosa y sólida al hombre que se elige, al que se acepta en la fortuna como en la desdicha, en la salud como en la enfermedad, hasta la muerte, y tú le amas así; mejor que tú misma, tu padre y yo hemos descubierto el estado de tu alma, y hemos visto que existe en ella el germen de ese bello y santo amor, que es la luz sagrada del hogar doméstico.

La opulencia no habita tu casa; tú no tienes dote, y tu marido empieza ahora á trabajar como abogado; pero tanto mejor, de este modo gozaré más completamente de los progresos que haga vuestra fortuna; tu marido aporta al matrimonio el talento y el trabajo; trata tú de aportar el orden y la economía.

Yo sé lo que es la dicha en el matrimonio, porque en él he sido muy feliz, y, sin embar-

go, aunque al principio conocí la opulencia, pasados algunos años sólo una modesta medianía nos rodeaba; la fortuna cerró sus alas de oro sobre nuestra morada; pero, ¡qué dulce y fuertemente el alma de mi marido estaba unida á la mía! En todo nos entendíamos y nos comprendíamos en todo. No había una disonancia en el mudo coloquio de nuestros corazones, ni en la constante comunicación de nuestras almas.

Una mujer es dichosa tan largo tiempo como puede ser amada y amar; ¿y cómo dejar de querer al que nos unen el deber y la elección libre del alma? ¿Cómo no amar al que nos ha preferido, al que nos protege, al que divide con nosotros todas las penas y todas las alegrías de la vida?

Con otra alianza tú hubieras podido tener diamantes, carruajes y gastar una gruesa suma con tu modista cada año; una bella niña de diez y siete años, bien nacida y bien educada, podía aspirar á otra unión, que el mundo llamaría más brillante; pero esas ventajas tan buscadas no nos han parecido á los que te amamos garantías suficientes de dicha, y te hemos colocado con entera confianza bajo la protección de un hombre serio y honrado,

que continuará dignamente la obra de tu educación. Esta se divide en dos partes, y aunque la primera es muy importante, sin duda, la segunda, la que una mujer recibe de su marido, es la que influye en bien ó en mal sobre su existencia, ayudando también á formarla el mundo y las personas que la rodean.

A pesar de tu feliz natural, á pesar del equilibrio que reina entre tu sensibilidad y tu razón, á pesar del recto sentido que demuestras, tu padre y yo hubiéramos temblado de darte á un hombre frívolo ó solamente descuidado.

Y sin embargo, Julia mía, á pesar de la confianza ilimitada que tu marido me inspira, no podría yo menos de abrigar un sentimiento de inquietud si hubiera tenido que romper contigo esta costumbre de dulce intimidad que disipa los pequeños pesares y las penas quiméricas, analizándolas. Tu marido consiente que sigamos nuestra correspondencia; escíbeme, pues, todo lo que se dice á una madre; dame parte, como antes, de tus impresiones, huéspedes incómodos y peligrosos algunas veces. Las dos seremos bastante hábiles y bastante fuertes para separar de tu mente lo que te cause pena.

Ahora ocúpate con cuidado del arreglo de tu casa: ya sé que vais á pasar todo el resto del mes con tu padre, en tanto que se dispone tu modesto, pero bello nido conyugal; tu marido está acostumbrado á vivir en la parte del Norte de Madrid, donde tiene sus relaciones, y á ti te agrada la parte opuesta, es decir, la que está cerca de los teatros y paseos; es indudable que, por darte gusto, irá adonde tú desees; mas no olvides que esto le costará un sacrificio; no le obligues á ceder en este punto, y piensa, Julia, que los sacrificios, aunque sean pequeños, exigidos repetidamente, debilitan hasta las afecciones más sólidas: además, la parte de la población que él prefiere, me parece la más á propósito para una vida sedentaria, ocupada; para la vida de familia, en una palabra: las habitaciones son allí más extensas y más baratas; en fin, Julia, en todo cuanto te sea posible, trata de complacer á tu marido, para que nazca en él hacia ti una afección profunda y durable, porque ahora te cederá en todo; pero poco á poco, y pasada la primera embriaguez de la luna de miel, se le harán duros tus defectos, y acaso, herido por ellos, su corazón se enfriará para ti.

Evita esto con cuidado, hija mía; evita que

la primera nube se forme en el cielo azul y puro de tu dicha; evita la primera cuestión, porque á ésta se sucederán otras, y quizás llegarías á ese estado de ánimo, siempre triste y displicente, que tan cruel enemigo es para la dicha conyugal.

FELICIA.

II

Conozco tu sensibilidad extremada y estoy siempre alarmada del giro que pueden tomar tus ideas; acaso llevada de tu afición á la vida doméstica, acaso dominada dulcemente y subyugada con la dicha que en tu hogar experimentas, te encierres en él, y pierdas toda comunicación con la sociedad exterior.

Quiero precaverte contra ese mal, y también contra otro muy común en los matrimonios que se aman extremadamente.

Es muy posible que así que te acostumbres á tu marido y le creas á él acostumbrado á ti, descuides ciertas pequeñeces, que después de las grandes prendas del carácter, son las que sostienen el amor en el corazón del hombre.

Conozco muchas mujeres, que antes de casarse eran elegantes, distinguidas, agradables en todo, y que así que han logrado hallar un

marido, se creen en el puerto del perpetuo descanso y de la eterna comodidad de sus personas. No puede haber creencia más errónea: nunca necesita la mujer vestirse más y cuidarse más de sí misma que después de casada; porque la costumbre es enemiga de la ilusión, y la costumbre es la que amortigua en el marido el amor que tenía á su mujer, antes de casarse con ella.

En el interés de la mujer está, pues, el aparecer á los ojos de su marido constantemente y en todas ocasiones bonita hasta lo posible, interesante y bien vestida como cuando la conoció, como cuando anheló su posesión; porque si á la costumbre se agrega el desaliño y el descuido de la persona, no hay amor bastante grande que resista.

Pocos días hace que oí á una dama, ya de edad, reconvenir á un joven amigo suyo, porque tenía casi abandonada á su mujer, puesto que no la llevaba á parte ninguna, ni estaba en su casa un momento, fuera de las horas de comer.

—¿Acaso se ha cansado usted de ella?—le preguntaba la señora—; y aunque así sea, ¿es posible que se lo demuestre? ¿Es eso digno de un hombre de honor?

—Hago todo lo posible para disimular que, en efecto, me he cansado de mi mujer, señora—contestó el joven—; pero no siempre lo consigo, porque es muy difícil disfrazar el pensamiento que nos domina: me he cansado y ella tiene la culpa.

—¡Ella! He ahí una bella razón. ¡Me he cansado de mi mujer! Jamás se cansó de mi mi marido.

—Porque usted ha sido constantemente bella y elegante; porque no ha descuidado ni su persona ni su casa; mi mujer parece que sólo anheló cogerme en el anzuelo de sus gracias, y logrando ya su objeto, se ha cansado de incomodarse para serme agradable.

—¡Es posible que así piense usted!—exclamó la bondadosa señora—; si ahora descuida algún tanto su persona, es porque se ocupa ante todo de sus hijos; porque, como toda buena madre, emplea su coquetería, no en sí misma, sino en esas criaturas en que se ve reproducida.

—Y hacen muy mal esas madres—repuso el casado fastidiado de serlo—; una mujer jamás debe olvidarse de sí propia, porque piense en los demás: su deber y su dicha están acordes para enseñarla á mantener viva, todo el

tiempo posible, la ilusión de su marido: y la que tiene el talento de ser siempre elegante y agradable, no tiene que temer que su marido se canse de ella.

Quedé pensativa oyendo esta conversación: tanto mi anciana amiga como yo, dijimos que aquel marido aburrido tenía razón para estarlo, y yo temblé al pensar en que acaso tú llegaras algún día á aumentar el número de esas pobres mujeres. ¡Oh, Julia mía! ¡Evitalo con el mayor esmero! ¡No abandones tu persona! Sé siempre elegante, viste bien, y, sobre todo, que el más exquisito aseo brille siempre en ti y alderredor tuyo.

Hoy eres bonita é interesante; pero he visto muchas que lo eran también antes de casarse, y que después de casadas, ni lo parecían, ni conservaban restos de gracia alguna.

Tú sientes mucho, y cuanto más se siente se piensa menos; procura, pues, dominar el sentimiento para pensar un poco; con sólo amar á su marido no se le hace dichoso; hay que probarle este amor, cuidando de agradarle en todos los detalles, no sólo en la persona, sino de la casa y de la vida interior.

Recuerdo ahora un cantar, de poco mérito tal vez, según las reglas de la literatura, pero

de mucho, según las del sentimiento, y debido á la pluma de un poeta español contemporáneo, que dice así:

No hay patria como mi patria,
Ni mujer como la mía,
Ni casa como mi casa,
Cantaba un santo egoísta.

Todos los maridos del mundo quisieran poder cantar lo mismo; porque en el fondo, todos tienen algo de ese santo egoísmo.

Haz todo lo posible porque Eugenio piense así, y porque se lo diga á todos, ó á lo menos, se lo diga á sí mismo; en esto estriban el talento y la dicha de una mujer casada; y todas las diversiones del mundo, como todas las riquezas de la tierra, serán impotentes para compensar la falta de la dicha doméstica, si la dejas escapar.

FELICIA.

III

Me hablas en tu última, mi querida Julia, de una grande obra de bordado que has emprendido, y te diré, con la franqueza un poco ruda que me caracteriza y que siempre empleo contigo, que no apruebo esa ocupación

á que te has dedicado y á la que me figuro te consagrarás por completo, conociendo la vehemencia de tu carácter y lo que deseas terminar tus labores.

El cuidado de una casa es muy arduo, muy pesado y ocupa mucho tiempo, si esa casa ha de estar bien dirigida; cuantos más haberes, cuanta más fortuna hay, más atenciones son necesarias; sólo descansa algún tanto la gran señora, cuyo mayordomo y ama de llaves se entienden en todos los detalles de los demás criados, y del gobierno interior; mas, aun en este caso, la señora tiene que inspeccionar los actos de todos los servidores, tomarles las cuentas y enterarse de si ellos cumplen bien y fielmente con los deberes que les han sido encomendados.

Si te levantas tarde, te pones á bordar, y por adelantar en tu obra dejas abandonado el interior de tu casa, ¿quién cuidará de ella? La despensa, el comedor, la cocina misma, necesitan una continua y atenta vigilancia; es necesario ordenar las provisiones que han de comprarse, disponer el modo de emplearlas y aprovechar los restos; cuidar del aseo interior y exterior de la casa, de la ropa blanca, de la compostura y reforma de los trajes; y si todo

esto se descuida, ó se fia á los criados, la ruina es segura y llega á pasos agigantados.

Los haberes de tu esposo, hija mía, son modestos, y lo que es aún peor, no son fijos; ahora empieza á trabajar como abogado, y el aumento de su clientela depende también de tu habilidad en mantener las relaciones que le han de proporcionar clientes. Yo sé que tu carácter franco y sincero en demasía, ama la independencia, y que para ti el hacer hoy visitas será un tormento; es decir, más que una molestia, á la que te resistirás todo lo posible; sin embargo, Julia, es preciso, es indispensable hacer visitas; es preciso cumplir en el mundo los deberes de la cortesía, ó llegará día en que te encuentres aislada y sola, completamente sola.

Si cuando nuestros amigos tienen una desgracia, una enfermedad, un dolor cualquiera, sea físico ó moral, no vamos á expresarles nuestra simpatía y la parte que tomamos en su pena, ¿de qué modo les podremos manifestar nuestro afecto? Y si no se lo manifestamos ¿cómo podremos exigir el suyo?

Es una vulgaridad el decir que de ninguna manera se está mejor que solo, que la sociedad es falsa y mala y que sólo busca la explo-

tación de los incautos. No, hija mía, eso no es cierto; los que hablan así son personas amargadas por el dolor, y por lo mismo injustas. Si la sociedad les ha tratado mal, será porque ellos no habrán sabido respetarla; el mundo exige el decoro, la cortesía, la buena educación; y si se le niega todo esto, hiere ó abandona á los que le faltan; pero si tú eres benévola, cortés y atenta, si manifiestas sincero y constante afecto á tus amigas, la sociedad será la primera en reconocer tus nobles y bellas cualidades, y no solamente las reconocerá, sino que te amparará dándote su estimación. Yo he tenido una gran fortuna, una elevada posición en el mundo: mi marido desempeñaba un destino importante; pero he tratado personas de posición modesta, y he tenido siempre numerosas y agradables relaciones, excelentes amigos, y nunca he solicitado un pequeño favor que me haya sido negado, haciéndolos también siempre que me ha sido posible. Verdad es que jamás he exigido sacrificios, ni cosa parecida; porque ni al amor ni á la amistad, ni aun á los lazos sagrados de la sangre, se pueden exigir nunca grandes pruebas, bajo la pena de exponerse á hallar grandes decepciones.

Volviendo, pues, al punto de partida de esta carta, cree, Julia mía, que es muy perjudicial el empeñarse en obras tan largas como la que has emprendido, no sólo para el cumplimiento de los deberes domésticos, sino también para el cumplimiento de los sociales.

Las visitas, el trato frecuente, son los lazos que unen á la gran familia humana: el suprimir una atención puede ser causa de que nos hagamos un enemigo, según sea el carácter de la persona que se cree ofendida, y por el contrario, un rasgo de urbanidad y cortesía nos conquista á veces un corazón y un afecto verdadero y durable.

Para tener tiempo bastante de cumplir con todos los deberes domésticos y sociales, arregla tu tiempo y fijale un orden para todos los días. Si quieres ocuparte en valores de adorno, si gustas de embellecer tu casa, no dejes de hacerlo, esto es muy laudable; pero dedícate á esos trabajos sin pasión y sólo en las horas en que te dejen algún tiempo libre otras más importantes ocupaciones.

La costura, la confección de tus vestidos, el cuidado y exquisita vigilancia que has de dedicar al guardarropa de tu marido, el repaso de la ropa blanca y arreglo que hay que ha-

cer en ella, te han de ocupar con preferencia, si quieres tener las ventajas de una saludable economía, que es el camino más seguro de la prosperidad de una casa y de una familia.

Tu marido pone en el capital de la dicha doméstica las tareas del espíritu: lleva tú el de la laboriosidad, la economía, la paz y la bondad, y el edificio conyugal será sólido y eterno.

¡Trabajar al lado del hombre que se ama, ¡trabajar con él y para él!, ¡dedicarse á que halle en su casa el bienestar, la dicha y la calma! ¡qué más gloria puede haber para una mujer cuyo corazón es sensible y amante, que la de ser la amiga, la compañera amada de su marido!

FELICIA.

IV

Ya te considero tan ocupada como dices, preparando tu equipaje para ir á tomar baños de mar con tu marido, á uno de esos risueños puertos del Norte, donde tu madre te llevaba en su dulce compañía.

—Mi equipaje, me dices, á pesar de tus advertencias de elegancia, es muy modesto.

Y yo te aplaudo por hacerlo así, pues nada tiene que ver el que sea modesto con que sea elegante.

Lejos de contradecirse, la modestia y sencillez con la elegancia, casi siempre van unidas.

Así, pues, para tí, que eres aun muy joven, para tí, esposa de un abogado, y desposeída por tu parte de fortuna, un equipaje modesto es mil veces mejor y más lindo que uno costoso y rico.

Por lo demás, veo que con tu claro talento has comprendido todas mis advertencias: veo que te vistes, que respetas á tu persona y cuidas de ella, lo que no todas las mujeres tienen el talento de hacer.

Hay, aparte de los deberes que la religión, la familia y la sociedad imponen, deberes morales hacia nosotros mismos, de los que no podemos ni debemos prescindir, y estos deberes mandan que cuidemos de engalanar no sólo el alma, sino el cuerpo también, en una proporción moderada de nuestros haberes, fortuna y obligaciones.

Conozco mujeres que son esposas ejemplares y virtuosas, madres tiernas y llenas de abnegación, administradoras económicas é inteligentes de la parte de la fortuna que sus ma-

ridos ponen en sus manos, y sin embargo, son á la vez damas elegantes, bellas y del mejor tono.

Unir estos dos extremos es la base segura de la felicidad de la mujer.

Dos cosas hay que cautivan irresistiblemente al marido más vulgar y más díscolo.

La blandura de carácter, unida á la inteligencia, la distinción unida á la virtud; preséntate siempre á sus ojos, no sólo amable y dulce, sino elegante; pues porque el alma sea buena, no se ha de dejar afean el cuerpo; desde que te levantes usa una bata graciosa y bien cortado, ponte luego un vestido modesto, pero elegante; y si sales con tu esposo, ponte un traje siempre que le envanezca de llevarte consigo, y que te vea, por lo menos, tan elegante como á las demás mujeres.

De otra cosa muy importante he de hablarte hoy: no pierdas jamás con tu marido el decoro en palabras y acciones, y bajo el pretexto de que en el matrimonio todo está admitido, no te creas dispensada de las reglas de una buena educación, ni uses con él una llaneza, verdugq implacable del amor, y que lo debilita lenta, pero seguramente.

Las deferencias son siempre de buen gus-

to, y son además significación de afecto y de deseo de agradar.

Nada hay para mí más triste y á la vez más desagradable que la vista de esos consortes que, en presencia el uno del otro, bostezan, se tienden en un sillón, se presentan mal vestidos ó medio desnudos, y se hablan con acento, no sólo descortés, sino hasta duro y grosero.

¿Por qué algunas mujeres sin moralidad, y necias, que no pueden aspirar al matrimonio, despiertan grandes pasiones en los hombres?

Porque hacen todo lo contrario que muchas esposas honradas, porque les halagan, les elogian y les adulan; porque se visten para la hora en que ellos han de ir á visitarlas, porque tocan bien el piano, hablan dos ó tres idiomas, son elegantes, amables y graciosas; por eso les dominan de una manera tan irresistible, que los hombres les dan, además de su corazón y del reposo de su conciencia, su dinero, y aun creen darles muy poco.

Jamás se ha visto que ninguna de esas mujeres sea desaliñada ó grosera, pues aunque las haya, éstas sólo llegan á dominar los sentidos, pero jamás el corazón del hombre.

¿Y por qué no ha de ser la mujer propia lo que son estas aventureras?

¿Qué lo impide?

Yo lo sé: lo impide la falta de valor, y ese terrible *¿qué más da?* que domina á tantas esposas.

No seas tú cobarde de esa suerte, Julia; la mujer casada no necesita hacer heroicidades, pero si necesita ser valerosa en pequeñas proporciones, por decirlo así, aunque continuamente; valor se necesita para vestirse sin gana, para peinarse con esmero, para contener un movimiento de mal humor, para ahogar entre los labios una palabra dura; pero este valor tiene su recompensa, y constituye á la vez una gran virtud y una grande habilidad, siendo como la columna que sostiene el edificio de la dicha doméstica.

Si tu marido se descompone, si se enoja, si dice alguna palabra dura ó grosera (lo que no será extraño, porque los hombres son más débiles que nosotras, y se dominan menos), no le imites, sino corrígele con decoro y con cierta dignidad dulce, que le dejará más avergonzado que los más amargos reproches.

Tuya de corazón,

FELICIA.